
Juan José PÉREZ-SOBA DIEZ DEL CORRAL, *La caridad. El camino mejor en la amistad con Cristo*, Madrid: Didaskalos, 2024, 15 x 21, 299 pp., ISBN 978-84-19431-27-1.

En la senda marcada por el Magisterio reciente de profundización y evangelización en y desde la caridad, este nuevo libro del profesor Pérez-Soba, aporta un destello intenso y hermoso en la senda de que el amor sea el fundamento de la vida cristiana. Sus investigaciones lo avalan como un experto de este camino de la caridad, a las cuales se suma su extensa labor docente en los más diversos sectores de la teología y la pastoral: Pontificio Instituto Teológico Juan Pablo II, Universidad San Dámaso, *Veritas Amoris Project*, y otras Universidades. En este libro muestra de nuevo las profundidades de muchas cuestiones de largo recorrido para poder avanzar en una línea pedagógica y ofrecer un espléndido camino sobre la caridad.

Las cuestiones introductorias le permiten enfocar el contenido, aportando su original visión de la caridad desde la experiencia y el seguimiento de Cristo, siguiendo la senda de *Veritatis splendor*. Los seis capítulos suponen una cuidada selección de unos temas que considera fundamentales para presentar

esta virtud principal de la vida cristiana. El punto de partida será la revelación de un amor (c. 1) desde el corazón de Dios para llegar a la manifestación de ese amor en la Eucaristía (c. 6), vida de la Iglesia. Los temas centrales de este itinerario de vida cristiana serán ese amor hacia Dios y hacia el hombre (c. 2) desde el *eros* humano (c. 3) fundado en el don divino (c. 4), que genera la acogida en las virtudes (c. 5). Es un itinerario existencial cristiano que permite ubicar los diversos análisis teológicos. No es un elenco de temas dispersos, ni siquiera un resumen de obras anteriores. Es un libro original, que da un paso adelante en la teología del amor.

La importancia del tema radica en la creciente secularización de la caridad, que desde hace siglos se intenta reconvertir en mero altruismo. “La situación actual de una fragmentación social tan grande, en una crisis fuerte de la concepción de la moralidad, se puede ver como consecuencia de haber apartado el amor de Cristo de la vida social y haber intentado una secularización radical de la caridad, ‘como si Dios no existiera’” (p. 22). Por esto se requiere una relación personal con Cristo en amistad, que no se puede sustituir por nada.

El capítulo primero es quizás el más novedoso porque analiza la estructura y dinámica amorosa del himno de la caridad de san Pablo (cfr. 1 Cor 13). Así sigue la invitación del papa Francisco a comentar este himno como él hizo en su exhortación apostólica *Amoris laetitia* (c. 4). Pero no se trata de un comentario, sino de mostrar, a través de la Sagrada Escritura, la novedad de este amor que Dios nos regala, que solo podría ser revelado, no deducido, ni conseguido ni alcanzado por mente ni corazón humano. El amor no se puede abarcar ni dominar, como sucede con la luz. Es preciso abrirse a la lógica del don para entrar en el misterio del amor. La fuente de todo don es el Espíritu, que nos permite reconocer que Cristo es el Señor. De Él surge este nuevo amor, revelando cómo es el Corazón del Padre. Nosotros no “somos” amor; Él sí porque hace “ser” al Amar. Mi amor no es Dios, recuerda el autor. El amor se nos revela y nos pide una fe, un creer en el amor. Aquí comienza la analogía del amor, cuyo analogado principal es el Amor primero y originario. El himno de san Pablo comienza aclarando lo que *no* es el amor para remontarse a la fuente original. Después continua con la *via interioritatis* buscando lo que *sí* es el amor (“es paciente, es benigno”). Después pasa a la purificación en el sentido de lucha por ordenar los afectos en una serie de ocho “noes” (“no es envidioso”). Termina el himno con la trascendencia de la totalidad del amor, su permanencia, su fidelidad (“todo lo soporta”) y un sello de la nueva forma de conocimiento que es el amor. Con ello, se abre el sendero que recorrerá en

los siguientes capítulos donde: “La verdad de la caridad como amistad permite entrelazar el don de Dios y nuestra respuesta en una dinámica creciente, llena de intimidad y trascendencia” (p. 86).

El segundo capítulo es esencial para comprender la recepción de esta nueva revelación. Sugiere ocho grandes temas centrados en el amor como mandamiento, en relación con la ley natural y la ley nueva. La alianza de Dios con nosotros nos enseña que podemos entregar un amor total, porque Dios lo regala antes de pedirlo. El corazón está llamado a la totalidad con su fuerte sentido de exclusividad. Frente al romanticismo que lo confía todo a la espontaneidad, el mandamiento del amor se expresa en el par: *promesa-fidelidad*. Solo Jesús, con su mandamiento nuevo permite comprender la lógica integrativa del amor de Dios en el amor a los hombres, por medio de su amistad. Una de sus falsificaciones será el *altruismo*, diferente de la aceptación de la alteridad, porque omite la alianza, la unión afectiva, la comunión. El altruismo sospecha del bien común, del bien buscado para compartir. Como señala claramente el autor, la caridad (recíproca y gratuita) no es altruista (cfr. p. 107), como sucede en la versión actual de “*equal regard*”. Solo el amor de Dios es incondicional y nos configura el modo de amar (“Ves la Trinidad, si ves la caridad”: S. Agustín), que es el propio del cristiano, del amigo de Cristo, porque responde al amor originario. “Esta especificidad, que solo se da en el amor a Dios, condujo a santo Tomás a afirmar la necesidad de *un amor explícito a Dios* para que el amor del hombre sea recto. Para el Aquinate, sólo así se configura de modo adecuado la dinámica volitiva humana” (p. 121).

La amistad consigue la pertenencia mutua en la intimidad, superando la mera relación dialógica “yo-tu”, en un nosotros, donde no son todos iguales. Sin la amistad con Jesús, no es posible movilizar todo el dinamismo moral para amar con la medida de Dios, y tampoco se comprende esta unión, hasta llegar al caso más paradójico del amor a los enemigos. El amor que se nos regala y nos eleva es extático, es conducido por el amado, que influye profundamente en el amante. “En el amor existe una grandeza especial en el amado que enriquece al amante” (p. 134). Jesús no es un mero ejemplo de amor al prójimo, como si fuera prescindible para el que logre amar a lo demás. Esto sería una postura neopelagiana, porque Cristo nos hace hijos en una fraternidad nueva. En cada uno de los apartados hay encerrados muchos debates que se apuntan a través de la bibliografía generosa del aparato crítico.

El tercer capítulo recoge el reto afrontado por Benedicto XVI en su encíclica *Deus Caritas est*, sobre el crecimiento y purificación del *eros* hasta el *aga-*

pe. Aunque es cierto que el *eros* no aparece nunca en el Nuevo Testamento, esto nos habla de una dualidad en el amor, que ya resolvió san Agustín al tratar la dialéctica: *caritas-cupiditas*. Así, el amor egoísta no es el *eros* (como acusaba el pastor sueco Nygren), sino la *curvatura* del amor, como dijo san Bernardo. Esto le permite mostrar la integración de este nuevo amor en el dinamismo humano, sin saltos y sin brusquedad. Frente a la dialéctica de los dualismos, propone la integración humana del amor y la unidad de vida. Esto es posible por la novedad de este amor, que desde el principio unifica, no divide, aunque se puede apreciar una dualidad en el amor –atracción y unión/ cuerpo-alma– que se resuelven en la conversión. Estos dualismos “expresan la necesidad de convertirnos a un amor más grande que nosotros mismos, que siempre experimentamos como un don” (p. 165). Esta dualidad en la diferencia que es fecunda es el centro de la comprensión de la polaridad sexual en el cuerpo (cfr. p. 178). La privatización del amor ha hecho incomprensibles estas diferencias y su dimensión social. Para comprender el bien común es preciso el amor de las relaciones humanas.

El cuarto capítulo explica la unidad del amor verdadero en el hombre por medio de lógica del don. El amor es un don que se recibe al modo humano, con agradecimiento. “Sin una recepción del don, éste no existe” (p. 197). De aquí nace la reciprocidad del don, con la intencionalidad expresa de recibirlo, que es establecer una relación entre dos personas. La lógica del don envuelve nuestras vidas: hemos sido recibidos como don, y lo somos para otros en la entrega y en la fecundidad. Hemos de convertirnos en donantes. Sin embargo, la gratuidad del don es diferente del desinterés. “La gracia tiene el interés de la unión con Dios, y la gratuidad exige el desinterés particular de no buscar un provecho propio” (p. 213). Aquí se encuentran muchas de las aporías actuales sobre el amor, al confundir *gratuito* con *desinteresado*. El interés del amor es ser recibido y aceptado para la unión y transformación. El interés será la comunión, más que el acto de amar. Así se comprende mejor el perdón cristiano.

Esto nos abre la puerta al capítulo quinto, donde se trata el clásico tema (desde el siglo XII con Pedro Lombardo) de la relación de la caridad con las virtudes, como madre y forma de ellas. Después del recorrido previo, le permite enfocar este tema con nuevos ojos, pues la caridad no se salta el dinamismo moral, sino que lo supone y le da un enfoque nuevo, una mirada y finalidad nueva: el Amado que es Amigo. La caridad, como explica el autor, “concede un fin, pero no varía la finalidad propia de las virtudes que es específica en su actuación del bien, el cambio procede desde la consideración del

amado como fin al que tengo que conformar mis acciones para acoger en verdad su don. La afirmación de ‘ser forma’, entonces, proviene de una profunda concepción de la maternidad de la caridad como capacidad de generar una vida plena en la recepción de un don” (p. 235). Esta nueva medida de la caridad “de la presencia de la Trinidad que genera una vida plena que comunicar” (p. 253), permite la plenitud de las virtudes, que son llevadas a su perfección, a la comunión con Dios, a la plenitud del don inicial. Este proceso se hace según el modo humano del amor, según los afectos que unen al amante y al amado, pues “Dios, mediante el don de la caridad, asume los afectos en su propio valor” (p. 259). Aquí se puede comprender la relación de las virtudes con el bien y la verdad. En esta verdad se comprende el orden de la caridad, que permite un caminar a la luz del amor. La relación caridad y virtudes ya no será un tema de corte filosófico, sino de urgencia de santidad, de vida eclesial.

Así llegamos al último capítulo que recoge la vida de la Iglesia en el sacramento de la Eucaristía (cfr. Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*). Los afectos se purifican y se orientan en este sacramento, que es principio y fin de toda vida cristiana. “Es una transformación profunda y progresiva que podemos identificar con la *totalidad del corazón* implicada en la caridad” (p. 270). Desde la Eucaristía se comprenden los diversos estados de vida cristiana.

La conclusión nos recuerda la permanencia y la misión de la caridad en la vida concreta de los cristianos. El amor es una totalidad integral que permite comprender la hondura de las heridas y del pecado. “Posiblemente sea la totalidad del amor la dimensión más compleja de vivir para el hombre y la que nos muestra mejor la herida interior que vivimos por el pecado y que fragmenta de modo original nuestras experiencias, también la amorosa” (p. 297). Pero es el Corazón herido de Jesús la nueva medida del amor que nos fortalece y nos levanta.

José Manuel HORCAJO LUCAS
 Universidad Eclesiástica San Dámaso
 DOI 10.15581/006.56.3.766

BIBLIOGRAFÍA: RESEÑAS DE LIBROS

